



### CAPÍTULO XIII

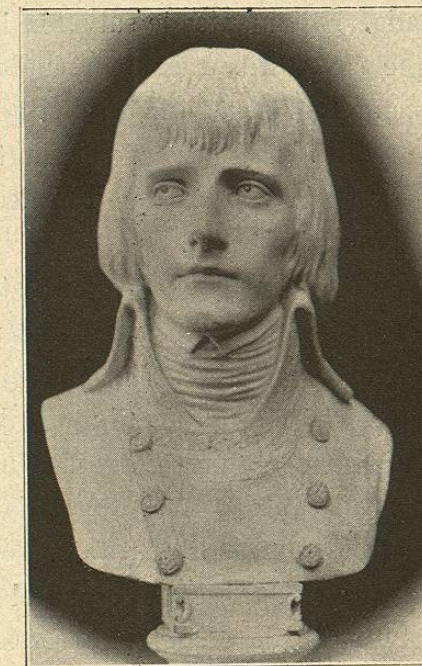
#### HACIA LA GLORIA

Las vicisitudes del sitio de Tolón pusieron al joven Bonaparte en condiciones de ejercer mando militar, y desde entonces ya no tropezó con serios obstáculos en su carrera, pues si bien había encontrado compañeros y superiores que, envidiosos de su talento, no podían ver con buenos ojos la preponderancia del joven oficial, también hubo hombres justicieros que le dieron estímulo y aliento al advertir su ingenio, su sagacidad y agudeza, apoyadas en el detenido examen de la situación sometida á su estudio. Aquistóse además la simpatía de los hombres imparciales, porque jamás denotó deseo alguno de ambición ni medro personal. En el sitio de Tolón buscó Bonaparte el éxito por espíritu profesional y no ciertamente incitado por la idea de adelantar en su carrera. En aquella ocasión, entregóse por entero al buen éxito de la empresa y todas sus facultades se concentraron exclusivamente en ella por amor al arte militar.

El general Dugommier era uno de los que conservaban vivo el recuerdo de Napoleón, pues le había visto en plena tarea y desde entonces le admiraba incondicionalmente. Pero aunque en la conducta de Bonaparte no hubiese advertido Dugommier nada que denotase anhelo de grandezas, comprendía por otra parte que un hombre dotado de tan excelentes cualidades, y especialmente de penetración y perseverancia, no podía quedar confundido con el vulgo de la oficialidad. Así fué que, en uno de los partes enviados á la Junta de Salvación Pública, decía el general «que era preciso ascender á Bonaparte, pues de lo contrario se ascendería á sí mismo.»

La Junta de Salvación Pública recibió informes corroborantes del juicio de Dugommier, y en consecuencia, en 1794 nombró á Napoleón comandante en jefe de la artillería del ejército de Italia, mandado á la sazón por el general Dumerbión, quien, ya viejo y decadente, tuvo la prudencia de consultar el plan de campaña en consejo de guerra, al que por razón de su mando asistió Bonaparte.

Lo mismo que en Tolón, fué allí el hombre de consejo prudente, y suya fué la idea de las pocas funciones de guerra que constituyeron aquella excelente campaña, llegando á confesar Dumerbión que á su subordinado correspondía el mérito de la victoria y de las conquistas efectuadas en la Italia septentrional. Además, decía en uno de los partes: «Al talento de Bonaparte se deben las acertadas operaciones que han asegurado la victoria.» La campaña de 1794 no preocupó á Napoleón en su aspecto militar tanto como el sitio de Tolón, más arriesgado y difícil, por lo que pudieron despertarse en su mente pensamientos ambiciosos. Dícese que pasó una noche en una montaña de la frontera franco-italiana, desde donde se dominan las llanuras



Busto en mármol del general Bonaparte  
(época de la campaña de Italia)



lombardas, para contemplar al salir el sol el magnífico panorama ante cuya vista permaneció largo rato meditabundo.

En Julio de 1794, terminada ya la campaña y deseoso de dar más activo empleo á sus facultades, solicitó Bonaparte otro destino y le dieron una comisión para Génova, en donde conoció á Robespierre el menor. Sucedió esto poco antes del 9 de Termidor, que acabó con la dictadura de Robespierre el mayor, y á causa de su amistad con el menor, fué preso como sospechoso y á punto estuvo de subir al patíbulo. Felizmente, le salvaron las declaraciones de sus antiguos jefes, que conservaban grato recuerdo de él, pero quedó en situación de reemplazo, hasta que á solicitud propia la Junta de Salvación Pública le repuso en el arma de artillería, ofreciéndole el mando de una brigada en la Vendée, que Napoleón no aceptó, por lo cual fué dado de baja en el ejército.

Durante el tiempo que estuvo en esta precaria situación, forjó planes ingeniosos para satisfacer sus anhelos. Trató de irse á Turquía, con objeto de reorganizar el ejército del Sultán, y no contento con esto, echó una ojeada al mapa de Europa, viendo que la alianza concluída por entonces entre dos naciones como Rusia y Austria, debía y podía quedar contrarrestada por la acertada organización de las enormes fuerzas de Turquía. Tomando la ofensiva por el Oeste, al par que por el Sur, se aseguraba el equilibrio europeo y quedaba Francia á cubierto de cualquiera agresión. Reorganizar el ejército turco y atacar con él las fronteras de Rusia y Austria, le parecía empresa apropiada á su situación; pero en el preciso momento en que Turquía iba á aceptar el ofrecimiento, vióse solicitado por Holanda en el mismo sentido, y como á Napoleón tanto le importaba servir á uno como á otro Estado, accedió al deseo de los holandeses. Pero no quiso el destino que Bonaparte se alejase por entonces de París. Estaba preparándose la jornada del 13 de Vendimiario, pues desde la revolución llamada de Termidor, que ocasionó la caída y suplicio de los terroristas, habían reverdecido en los monárquicos las esperanzas de restaurar el antiguo régimen, á favor de las divisiones surgidas entre los republicanos y aprovechando la primera coyuntura que se les deparase. Pronto se coligió que los realistas preparaban un golpe de Estado, y como la Convención era la más directamente amenazada, dióse orden al gene-

ral Menou de reprimir cualquiera intentona; pero convencida la Asamblea de la impericia de este jefe, puso en su lugar á Barrás, que por ser paisano, nada entendía de achaques militares. Necesitado por ello del auxilio de algún profesional, pensó Barrás en Bonaparte, á quien había conocido en ocasión de las diligencias hechas por el general corso para reingresar en el arma de artillería. Como quiera que Barrás sabía apreciar el mérito de los hombres, muy luego descubrió las eminentes cualidades que el joven general dejaba translucir en su lenguaje, enérgico y preciso, aparte de que ya la fama había divulgado sus excepcionales condiciones de estratega.

En consecuencia, fué nombrado Bonaparte segundo jefe del ejército del interior, si bien Barrás tuvo suficiente previsión para confiarle el mando efectivo de las tropas. El primer cuidado de Bonaparte fué preservar á la Convención de cualquiera intentona, y hecho esto, con la diligencia y habilidad que las circunstancias exigían ametralló á los amotinados ante la iglesia de San Roque, cuya escalinata quedó sembrada de cadáveres.

Meses enteros había buscado la Convención el modo de combatir el peligro de que tan rápida y felizmente acababa de librarla Bonaparte. En recompensa, fué nombrado general en jefe del ejército del interior, en substitución del dimisionario Barrás. Llegado con esto á uno de los más altos cargos de la nación, se abría ante sus pasos el camino de la gloria apenas cumplidos los 26 años. Estaba por entonces muy delgado y paliducho, y como era de baja estatura, ofrecía su persona un aspecto poco adecuado á la importancia de su mando.

Por entonces, fué cierto día á visitar á Bonaparte un jovencito, hijo de un general que había muerto en la guillotina. Se llamaba aquél Eugenio de Beauharnais y la amabilidad con que le trató Bonaparte fué causa de que su madre, la viuda Beauharnais, se creyera en el deber de ir á darle las gracias. Las relaciones entre Bonaparte y la viuda del general Beauharnais no se limitaron á esta pura visita de cumplido, pues al cabo de cuatro meses contraían matrimonio.

Sin embargo, por importante que fuese el cargo militar que desempeñaba, no se avenía con su carácter, habituado á incesante actividad. La campaña de 1794 le había emocionado profundamente y sólo pensaba en volver á la península, pues tenía formado su plan,



que expuso al célebre Carnot, á la sazón ministro de la Guerra, quien se maravilló del extraordinario talento que en el arte militar denotaba el joven general. En consecuencia, el gobierno aprobó unánimemente su plan de campaña, al paso que destituía del mando del ejército de Italia al general Scherer, nombrando para sustituirle al general Bonaparte.

Conocida de sobra es aquella campaña de Italia. Jamás como allí brilló tan esplendoroso el genio militar de Napoleón. Empezó por disciplinar mediante órdenes concisas y casi desdeñosas á los viejos generales, que, al verle tan joven y casi lampiño, le miraban sardónicamente. Acto seguido, dirigió á las tropas una de las más elocuentes arengas de cuantas salieron de su pluma. Empezaba así: «Soldados: Estáis desnudos y hambrientos; el gobierno os debe atrasos y no puede pagároslos. Admirables son la paciencia y el valor que demostráis en medio de estos peñascos, pero no os allegan gloria ni esplendor ninguno. Voy á conducirlos á las más fértiles llanuras del mundo...»

Los soldados, al oír aquella nueva voz que les hablaba en vibrante y casi profético lenguaje, comprendieron que tenían un caudillo capaz de llevarles á la victoria. Entonces comenzó aquella serie de triunfos que constituyen la más esclarecida gloria de Bonaparte: las batallas de Montenotte, Millésimo, Mondové, Lodi, Borghetto, Lonato, Castiglione, Arcola y Rívoli. Tres ejércitos austriacos quedaron vencidos y deshechos por fuerzas notablemente inferiores, pero dirigidas con táctica impecable. Después de la derrota de su cuarto ejército, puso Austria el quinto al mando del archiduque Carlos, hermano del emperador y el más hábil general del imperio. Napoleón le vence en un abrir y cerrar de ojos, le persigue y llega á la vista de Viena. Estupefacta y henchida de impotente rabia, la soberbia nación se ve forzada á firmar la paz de Campo-Formio.



#### CAPÍTULO XIV

##### EGIPTO. ÚLTIMA VISITA Á LA TIERRA NATIVA

Abatido el imperio austriaco, ya no tenía Napoleón ante sí quien pudiera amenazar la integridad de la nación francesa ni las libertades conquistadas por la revolución, más que Inglaterra, protectora de los conspiradores realistas y enemiga declarada del gobierno republicano. Era una enemiga temible, no sólo por lo difícil de atacarla directamente, sino además por sus cuantiosos recursos en dinero y por su proverbial tenacidad.

Sin embargo, quiso Napoleón herirla, y al efecto pensó en Egipto, con intento de cerrar el paso de las Indias é interrumpir el comercio inglés con aquel fertilísimo país, al mismo tiempo que podía fundar en él un gran imperio oriental si las circunstancias le favorecían.

El Directorio aceptó sin vacilar el plan que sobre esta idea había pergeñado Bonaparte, tanto más cuanto el héroe de Italia empezaba á despertar suspicacias entre los revolucionarios por el entusiasmo con